



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9256

←PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN←

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

←CONDICIONES←

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. rette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

←LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.←

MIERCOLES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1892

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

DOCTOR USON.

Consultas de las enfermedades de los ojos y de la matriz.—Todos los días de 9 y 12.—Calle Mayor, 11, principal.

LITERATURA EXTRANJERA

LAS VENDEDORAS DE CEREZAS

Sofí que estaba paseándose por una hermosa alameda de sicómoros y que á derecha é izquierda del paseo habían establecido sus puestos varias vendedoras de cerezas.

La primera mujer que encontré á mi paso gritaba:—Dulces y sabrosas... dulces y sabrosas.... Probadlas antes de comprar.

Hacia calor, tenía mucha sed y probé una.

Mi sed aumentó entonces y me decidí á comprar una pequeña cantidad de fruta para apagarla.

Continué andando.

Otra vendedora había colocado sus cerezas sobre un lecho de hojas y de flores y no permitía que nadie las probara.

Me parecieron mejores que las que acababa de adquirir y compré una cantidad mayor.

La mujer del puesto inmediato, las tenía en una cesta cuidadosamente tapadas y gritaba así:

—No hay aquí cerezas como las mías; pero el que las quiera probar ha de comprometerse á no abrir el cesto hasta que lo tenga en casa.

Sentí un deseo irresistible de comer aquellas ocultas cerezas y después de rogar inútilmente á la que las pregonaba que me vendiera unas pocas, me quedé con el cesto pagando lo que me pidieron por él.

Una mujer atravesó luego por delante de mí con paso acelerado.

Llevaba su fruta con grandes precauciones, como si quisiera ocultarla á la vista de los demás:

—No me pidáis cerezas porque se me han acabado—dijo antes de que yo le dirigiera la palabra.

Pero al mismo tiempo y haciendo un movimiento gracioso, me dejó ver las que llevaba.

Con ansia inexplicable cogí un puñado y le di unas monedas.

—Mis cerezas están vendidas;— exclamó al ver que me acercaba á su puesto, la vendedora que encontré un poco más allá.

—Entonces— repliqué—¿por qué sigue Ud. en el mercado?

Ella me contestó haciendo un delicioso mohín.

—Una libra ó dos ya puedo venderle si Ud. las quiere.

Claro es que acepté con alegría el ofrecimiento.

Otras muchas mujeres hallé á mi paso.

Cada una pregonaba la mercancía á su manera.

—Mis cerezas vienen de un sitio muy lejano.

Ignales á ellas no las hay aquí. Y compré.

—Yo soy la proveedora del Shah de Persia.

Y compré.

—Venga Ud. acá caballero y llevará Ud. lo mejor que hay en el mercado.

Y compré.

—Yo no las vendo; las doy de balde.

Regáleme Ud. el dígito de su reloj y coja las que quiera.

Cogí un puñado; la dejé que se apoderara del objeto que me había pedido... y al poco tiempo eché de menos mi reloj.

—Soy la vendedora de moda y las cerezas se me han concluido.

Pero tengo nueces y si Ud. las compra, todo el mundo creerá que es Ud. parroquiano mío y que antes me ha comprado cerezas.

Y compré nueces.

Luego compré más cerezas á una mujer que las había colocado artísticamente en el fondo de una banasta, y otra que las tenía dentro de una bellísima jarra de porcelana del Japón.

Siempre con la idea de que las últimas que compraba eran las mejores.

De pronto salió de entre los árboles un anciano, y acercándose á mí, dijo:

—Esta mañana al asomar por Oriente los primeros albores del día, una campesina llegó á este sitio seguida de un borriquito que soportaba con gran trabajo el peso de dos serones llenos de cerezas, las cuales fueron arrancadas del único cezezo que la campesina tiene en su huerta.

La sabrosa fruta fue inmediatamente distribuida entre todas esas mujeres que se la han revendido á Ud. á precio más ó menos elevado, haciéndole creer en que era de distintas procedencias y de diferente calidad el fruto de un mismo árbol.

Abri los ojos y exclamé medio dormido:

—¿Será esta la historia de las mujeres, de la hermosura y del amor?

Pero cuando estuve despierto del todo, arrojé de mi cerebro esta suposición, porque me pareció demasiado irreverente.

ALFONSO KARR.

30 Agosto 92.

(Prohibida la reproducción.)

INSTRUCCIONES SANITARIAS

contra el cólera

redactadas por los doctores Capdevila y Cortezo en virtud de encargo del Ministerio de la Gobernación.

III

Formulario de desinfección

Los medios aprobados por unanimidad por el comité técnico de la Conferencia Internacional Sanitaria de Venecia celebrada este año, ha sido:

1.º Las estufas de vapor y presión

fijas para los grandes establecimientos, estaciones sanitarias, hospitales, etcétera; móviles ó portátiles para las poblaciones y el servicio á domicilio; fijas en pontones para los puertos de importancia.

2.º Las disoluciones de sublimado corrosivo (bicoloro de mercurio), de ácido fénico y la lechada de cal en las formas que á continuación se detallan:

Las estufas deberán ensayarse para comprobar por medio de un termómetro de máxima que se puede por ellas obtener en el centro de las ropas y colchones una temperatura de 105 á 110º centígrados, que se estima hoy como suficiente para matar los microorganismos patógenos conocidos.

Para asegurarse de la eficacia de la operación, deberá mantenerse esta temperatura por lo menos de diez á quince minutos.

Disoluciones desinfectantes.

1.ª Disolución de bicloruro de mercurio (sublimado corrosivo) en la proporción de uno de sublimado por mil de agua, adicionando cinco gramos de ácido clorhídrico.

Esta disolución debe colocarse con cualquier sustancia (fuschina, etc.) y no conservarla en vasos metálicos. Es venenosa y no se deben desinfectar con ella los objetos de metal.

2.ª Disolución de ácido fénico puro cristalizado en la proporción de 5 por 100 de agua. Esta disolución es preferible para los objetos metálicos y para el lavado de los vasos de noche.

3.ª Lechada de cal: se prepara tomando cal de buena calidad y regándola poco á poco con la mitad de su peso de agua. Una vez terminada la deslitescencia, se guarda el polvo en un recipiente cuidadosamente tapado y se le pone en sitio seco. Como un kilogramo de cal que absorbe 500 gramos de agua en la deslitescencia ha adquirido un volumen de 2 litros 20 gramos, basta diluirla en el doble de su volumen de agua, ó sea 4 kilogramos 400 gramos, para obtener una lechada de cal al 20 por 100.

Se sumergirán en la disolución de sublimado la ropa blanca, los vestidos y los objetos manchados por las deyecciones de los enfermos.

Se lavarán ó pulverizarán con la disolución de sublimado los objetos que no puedan sufrir sin deterioro la temperatura de la estufa, ó lo que no pueda introducirse en ella, como objetos de cuero, maderas, suelas, etc.

El ácido fénico servirá para desinfectar los objetos que ni sopporten la temperatura de la estufa ni el contacto con la disolución de sublimado.

La lechada de cal se recomienda especialmente para la desinfección de las deyecciones de los cólicos y los vómitos; si falta puede substituirse con el ácido fénico.

Para desinfectar rigurosamente un local ocupado por un cólico (camarote de barco, departamento de ferrocarril, alcoba, etc.) se vaciará en lo posible, se desinfectarán las paredes pulverizándolas con la disolución de sublimado, adicionándola un 10 por 100 de alcohol con objeto de que se adhiera á las partes gomientas. Esta pulverización se hará comenzando por las partes altas y siguiendo líneas horizontales, sucesivamente descendentes, hasta cubrir toda la superficie de una copa de gotitas menudas.

Los suelos deben lavarse con la misma disolución. Dos horas después de esta pulverización y lavado puede hacerse otro con gran cantidad de agua clara.

Para la desinfección de las calas de los barcos debe inyectarse primeramente una cantidad suficiente de disolución de sulfato de hierro, se vacía después el

agua de la cala, se lava con la mayor cantidad posible de agua de mar y después con la disolución de sublimado. El agua de la cala no debe verterse en los puertos.

En las localidades pequeñas donde no se posea estufa de desinfección, se quemarán todos los objetos, ropas, etc., que puedan quemarse sin grave perjuicio, y los que no, se someterán á la ebullición en grandes calderas ó barreños, poniendo en el agua sal común en la proporción de un 1 por 100.

Entiéndase que esta disolución no se aconseja porque la sal tenga propiedades desinfectantes (aunque en gran cantidad para las carnes, por ejemplo, las tenga antipútridas), sino porque, retardando el grado de ebullición del agua, hace que los objetos estén sometidos á una temperatura más alta.

Las demás sustancias recomendadas como desinfectantes (ácido bórico, timol, sulfatos, de zinc, cobre y hierro, cloruro de zinc, cloruro ó hipoclorito de cal, etcétera,) aunque tengan virtudes desodorantes, antipútridas y desinfectantes, no son tan seguras como las recomendadas antes, y su enumeración podría confundir en vez de ilustrar á las personas no peritas.

COLABORACION INÉDITA.

AYER PASÓ POR AQUI..

No en el carro de los muertos, sino en un reservado, en una berlina cama ó en el break de la compañía.

Porque es la noticia de rigor en esta época de viajes ó de los baños.

Así como la servidumbre de paso es de las más graves para la propiedad, la servidumbre de tránsito de personajes es una pejiquera mayúscula para las autoridades populares y gubernativas, puesto de la guardia civil é individuos afiliados al partido del viajero.

—Es el amor que pasa—decía Becker oyendo batir de alas y rumor de besos.

—Es el jefe que pasa—podemos asegurar sin miedo á equivocarnos, al ver camino de la estación toda la plana mayor local de un partido político sudando la gota gorda bajo el traje de rigurosa etiqueta.

¡Que digan ahora los enemigos políticos que no tienen ropa negra! (Y en efecto, la ropa ha ascendido á mlata, con el uso.) ¡Que digan que no van á ninguna parte! (Y en efecto no van á ningún lado; se quedan en el andén.) Saludar al ilustre repúblico, estrechar la mano del ilustre repúblico, cuidar de que quede bien cerrada la portezuela del wagón del ilustre repúblico, quebrantar con la fuerza de los vivos la marquesina de la estación y ahogar entre aplausos los silbidos inoportunos de la máquina ¿dónde hay placer como ese?

Hay entusiastas que ofrecen al guarda-agujas dos pesetas para que les permita ocupar su sitio en aquella memorable tarde y, aun á riesgo de meter el tren en el apartadero en vez de llevarlo por la línea general, se plantan allá cerca del disco, empuñando con la mano izquierda el banderín verde y con la derecha la bocina dorada. ¿Conque cuándo? ¿Cuándo pasa el jefe? preguntamos á un ex-concejal.

—Ya no tiene hora fija.

—Por lo visto, ha entrado ya en el noveno mes.

—No señor, pero le aguardamos de un momento á otro.

Ayer era el día señalado y ¡vaya un chasco! salimos á la estación á recibir el mixto, el correo, el exprés pero ¡nada!

—¡Caramba! pues van ustedes á gastarse en billetes de andén todo el presupuesto de las futuras elecciones.

—La cosa es tanto más extraña cuanto que nuestro jefe es, como todos saben un modelo de formalidad.

—Entonces no les quepa á Vdes. duda; pasó ayer; sino que vendría en algún tren de mercancías.

—No sería extraño porque á modesto nadie le gana y á aplicado tampoco.

—Solo por conocer el estado de nuestra riqueza pecuaria sería capaz de hacer el viaje con los carneros en uno de esos wagones de tres pisos.

«Ayer pasó por aquí—dicen con frecuencia los corresponsales destacados— el distinguido hombre público D. Cosme Andana, que viene de tomar las aguas de Borrajas.

Sus amigos políticos reunidos en el andén, le dispensaron una ovación y algunas cosas más.

Las excursiones por provincias... ¿Qué placer mayor para un personaje? Porque allá en Madrid todos somos unos. El jefe del partido y el modesto pretendiente que llega de provincias apenas si se diferencian en el corte de la levita y en la caída del pantalón. Mas en cuanto el ilustre político traspasa la puerta de San Vicente allí empieza el país, el verdadero país que revienta trombones y se gasta un dineral en percalina de colores para obsequiar al personaje de sus entretelas!

El ferrocarril engrandece al hombre público. Cuando este desciende del wagón parece que le rodea un nimbo de carbonilla suficiente para atraer hacia el partido á los mozos de descarga y á todo el orden de factores.

—¿Desea V. tomar alguna cosa?—preguntan los correligionarios rodeándole

—Agua, nada más; agua—contestó el personaje.

Y los del gentío se repiten unos á otros

—«Va á tomar agua,» como si fuera alguna gracia del jefe.

—También la locomotora—añade un chusco.

Si hay tiempo se pronuncian discursos, se hace la presentación de los comités en masa y se llama á los neófitos para que reciban un abrazo del propio cosechero.

—Aquí los tiene V.—dice el presidente del comité local—hoy han ingresado en el partido después de sufrir infinidad de persecuciones por la justicia.

—¿Emigrados quizá?

—No señor nada de emigración—dice uno de los presentados—prisión correccional en su grado medio.

—¡Ah! vamos ¡delitos de imprenta!

—Eso es; entre éste y yo robamos una máquina Marconi y la vendimos como hierro viejo. A veces el jefe viene descansando y los representantes del partido en la localidad tienen que regresar á sus hogares con polvo á la rodilla y los discursos dentro del cuerpo.

—Lo mismo sucedió el año pasado—dice uno saliendo del andén—vinimos aquí con una murga y un pirotécnico y resultó que nuestro ilustre jefe venía durmiendo la mona.

—¿Borracho?

—No señor; durmiendo á una hija suya que es monísima.

Es una delicia el viajar de los hombres notables.

Arcos de follaje en todas las estaciones de parada, charangas municipales y rondallas del país, alternando en los oídos del personaje, fuegos de artificio cruzando la atmósfera y toda una historia retrospectiva del sombrero de copa representada en las cabezas de partido local.

Con viajes de estos es como conocen los hombres políticos la verdadera situación del país. Así es que les pregunta V. después del viaje:

—Vamos ¿qué opina V. D. Seyeriano? España ¿es una nación esencialmente agrícola?

Y el hombre contesta, acordándose de los arcos, de los cohetes y de las murgas: